

**Lectura y experiencia en Lucio V. Mansilla:
del lector furtivo al vademécum de citas**

Leandro Simari

“No se aprende el mundo en los libros”.¹ Así resume Lucio Mansilla, en la trigésima entrega de *Una excursión a los indios ranqueles*, sus presupuestos epistemológicos y, a la vez, explicita un sobreentendido que enmarca toda una zona del texto asociada a la revalorización de la experiencia.

No se aprende el mundo en los libros. Pero entonces, ¿dónde se aprende? Se aprende a la vera del fogón, escuchando al gaucho que se desgració y cuenta sus desventuras; se aprende oyendo al indio, hablándole y haciéndolo hablar, observando y adoptando sus posturas, sus hábitos y hasta sus métodos de negociación y debate; desgranando sus palabras y sus actos, por grandilocuentes o triviales que parezcan, para demostrar que civilización y barbarie son idénticas, similares o diferentes pero que, en cualquiera de los casos, ninguna es necesaria y radicalmente superior a la otra.

Se aprende, también o sobre todo, en la propia trayectoria vital, en la acción, el movimiento, el viaje; se aprende en la experimentación de la heterogeneidad, en el ejercicio de un cosmopolitismo extremo, en la degustación (metafórica y literal) de lo diverso, en la posibilidad de desarrollar un gusto equitativo por las noches pasadas en la pampa desnuda y en los hoteles de lujo, de sofisticar el paladar al punto de disfrutar lo mismo de ostras en Nueva York o de una tortilla de huevos de avestruz en Nagüel Mapo. Por eso no sorprende que, casi de inmediato, y siguiendo un derrotero que le es habitual, la pretendida universalidad del planteo epistemológico remita hacia una declaración de estricto tenor autobiográfico: “Yo he aprendido más de mi tierra yendo a los indios ranqueles, que en diez

¹ Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles*, Buenos Aires, Agebe, 2010, p. 166 Todas las citas corresponden a esta edición.

años de despestañarme, leyendo opúsculos, folletos, gacetillas, revistas y libros especiales” (p. 166).

Tramada entre las definiciones generales y la referencia personal, esa doble apuesta por la experiencia se convierte en un mecanismo privilegiado para que el texto y su autor resulten recubiertos de una legitimidad diferencial. Desde esta óptica, la “calavereada militar” de Mansilla, cuyas motivaciones alternativamente trivializa o ensalza, lo distingue de sus contemporáneos porque, a diferencia de la mayoría de ellos, su perspectiva sobre los nudos problemáticos de la organización nacional se asienta sobre la base privilegiada de la observación directa. El indio, el gaucho y el territorio tienen para él, luego de la excursión y en *Una excursión*, carnadura, olor, tacto, voz, nombre, faz.

Buena parte de la crítica sobre *Un excursión* ha insistido en señalar que la exaltación de la experiencia contribuye a la configuración global de esa subjetividad compleja, múltiple e inasible que Mansilla proyecta desde la primera entrega. Para Sylvia Molloy, por ejemplo el sesgo autobiográfico de *Una excursión* exhibe un yo que, como en ningún otro texto de Mansilla, se quiere “hijo de sus propias obras”². Para Julio Ramos, la construcción del yo en *Una excursión* perfila “la figura del *self-made man*” y se juega en “la capacidad del narrador para inflar los actos de su personaje”³. A su modo, ambas miradas coinciden en señalar que, en última instancia, esa imagen de Mansilla representa en simultáneo una actitud de desafío y una operación de borramiento: desafío hacia y borramiento de la herencia familiar rosista, el lastre histórico y genealógico que signa el nombre de Mansilla y enturbia su inserción en la vida pública.

Sin disentir con estas lecturas, Mirta Stern detecta todavía otra operación de diferenciación anclada en la misma estrategia. Si la reivindicación de la experiencia le permite a Mansilla “neutralizar el peso de su ascendencia, el rosismo (...) al mismo tiempo (...) le proporciona un campo concreto de impugnación y de enfrentamiento a Sarmiento”⁴. Es decir: que Mansilla se presente como hijo de sus actos, atenúa la circunstancia de ser hijo de sus padres; que la experiencia sea presentada como vía privilegiada de

² Molloy, Sylvia, “Imagen en Mansilla”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (compiladores), *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 754.

³ Ramos, Julio, “Entre otros: *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio Mansilla”, en *Paradojas de la letra*, Caracas, Excultura, 1996, p. 80.

⁴ Stern, Mirta, “Una excursión a los indios ranqueles: espacio textual y ficción topográfica”, en *Filología XX*, Buenos Aires, p. 133.

conocimiento, relativiza el derroche de saber libresco y denuncia la falta de contacto directo con la realidad argentina por parte de quienes pensaron y escribieron sobre ella desde sus bibliotecas. Dos reproches que, sabiendo el contexto político y biográfico que enmarca a *Una excursión*, bien pueden suponerse dirigidos al por entonces presidente de la Nación.

No se aprende el mundo en los libros. La frase, como develamiento de un leitmotiv, organiza una lectura posible de *Una excursión* y se entrelaza con operaciones textuales de autolegitimación y autofiguración por parte de su autor. Sin embargo, esa lectura posible no puede soslayar otro rasgo del texto: Mansilla no se priva de demostrar que su cuestionamiento a la cultura letrada está lejos de ser equiparable a la ignorancia. Por eso cita, y lo hace, según su estilo, con desmesura y alarde: en francés, en italiano, en inglés, en griego; cita, parafrasea y juzga a clásicos, contemporáneos, poetas, novelistas, hombres de ciencia, filósofos e historiadores. Si reivindicar la empiria por sobre la lectura y, a la vez, abundar en referencias librescas no es, en sí mismo, una contradicción, lo es mucho menos porque el gesto consiste, como tantas veces, en exponer las tensiones, en subrayarlas y hacer de la duplicidad no un flanco abierto a la crítica potencial, sino un sello distintivo. Por eso mismo, para decir que la experiencia enseña más que los libros, Mansilla elige referir en idioma original un proverbio de la Grecia Antigua, extraído de su cuaderno personal, al que denomina “vademécum de citas”, para traducirlo luego y convertirlo en su propia sentencia: “no se aprende el mundo en los libros”.

Sin embargo, más que como dos polos en tensión, lectura y experiencia quizá debieran entenderse, en distintos niveles de *Una excursión*, como elementos complementarios. Y no sólo porque la idea de que el mundo no se aprende en los libros resulte más convincente en la voz de un lector, sino sobre todo porque los usos de la cultura letrada en *Una excursión* apuntalan, en algún sentido, las operaciones de autofiguración y demarcación que la crítica en general y Stern en particular han asociado con la reivindicación de la experiencia. En otras palabras, libros, citas y nombres célebres construyen un Mansilla lector que, en su cualidad de tal, vuelve a distinguirse, por partida doble, del rosismo y de Sarmiento.

Por empezar, las citas y referencias cultas que Mansilla prodiga lo ponen a salvo de ser absorbido por la barbarie, de ser asimilado a ella, a su cosmovisión y a su discurso, en al menos dos de los múltiples sentidos que el término revistió durante el siglo XIX. En primer

lugar, trazan un límite entre su palabra y la de los bárbaros con los que convive durante su excursión, diferencian su discurso del discurso del otro. Pero, además, lo resguardan también de la asimilación a otro tipo de barbarie, no ya la que lo sitúa en los episodios que narra, sino la que resuena en su apellido y su filiación. Exhibirse como un lector culto y avezado, en efecto, lo aleja de los estereotipos que persiguieron a Rosas y sus partidarios: frente al bárbaro enemigo de las letras y las ciencias, Mansilla se exhibe munido de lecturas múltiples; lejos del tirano que proscribió y exilió a los jóvenes del 37, Mansilla lee y cita a su principal exponente.

Los libros, la lectura, la erudición libresca, construyen así una imagen de Mansilla lector que se sitúa en las antípodas de la imagen predominante de Rosas. No obstante, junto con esa contraposición radical, otra más sutil se juega en el propio terreno de la cultura letrada, reelaborando, una vez más, las distancias con Sarmiento. Este nuevo contrapunto divide a Mansilla de Sarmiento justamente allí donde parecen encontrarse: en el gusto por la profusión de citas, en la compartida voluntad de ostentar, entre el orgullo y el alarde, el bagaje de lecturas que llevan consigo. Sin embargo, estas coincidencias no consiguen sino subrayar la disrupción de fondo entre los modos de apropiarse de la cita, de procesar y recrear la lectura en la propia escritura y, muy especialmente entre los modos de posicionarse frente al saber letrado y de narrar su adquisición. En este punto, Mansilla se distingue de Sarmiento por ser, al mismo tiempo, más desenfadado y más respetuoso en sus aproximaciones a la cultura letrada. Más desenfadado, porque en *Una excursión* la referencia culta no hace sistema, la escritura no se ordena según el molde de una teoría puntal preexistente, la cita no se propone, como los epígrafes del *Facundo*, ser protocolo de lectura parcial o total del texto; no hay la confianza en la lectura como herramienta primordial y condición preexistente para el análisis de la realidad nacional. En suma, las inflexiones de la cultura letrada en *Una excursión* no presuponen en absoluto una figura de escritor como la del Tocqueville vernáculo que Sarmiento imagina e implícitamente quiere ser, es decir la figura de un estudioso que “premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política”⁵; muy por el contrario, entrelazadas con la apología de la experiencia, permiten a Mansilla alejarse de ella.

⁵ Sarmiento, Domingo F. *Facundo*, Buenos Aires, Colihue, 2006, p. 15.

Pero Mansilla, como se dijo, es también más respetuoso que Sarmiento en su aproximación a la cultura letrada. Respetuoso de la letra y respetuoso del sentido, porque, aunque desperdigue sin método las marcas múltiples de sus lecturas, nunca parece trasponer del todo ese límite permeable que divide o pliega la propia palabra y la palabra ajena. La cita y la referencia culta en *Una excursión* nunca experimentan las instancias de diálogo, apropiación, reversión o perversión que caracterizan a Sarmiento; al contrario, Mansilla parece depararles las funciones convencionales del complemento o del comentario e incluso esmerarse en respetar, dentro de sus posibilidades, su lengua de origen.

Como si de una sinécdoque se tratara, la totalidad de las alusiones a la cultura letrada que se esparcen en *Una excursión* parece condensar su sentido en una de sus partes: las explicaciones en torno al vademécum de citas. Compendio de fragmentos de lecturas transcritas al pie de la letra pero ordenadas sin más sistema que el criterio alfabético; cuaderno de apuntes en el que la palabra ajena y la palabra de Mansilla conviven, pero sin otro vínculo que la yuxtaposición; libro de consulta personal, práctico y portátil, ajeno a las presunciones de “esos literatos cuyo bufete es una especie de sanctasantórum” (p.166), pero a la vez “tesoro” (p.166) de elaboración personal cuyo valor no puede estimarse, las referencias al vademécum, alternativamente, lo minimizar y enaltecen, lo esgrimen como arma de distinción frente a las presunciones del saber ilustrado y lo presentan como la materialización misma, prolija y exacta, del saber ilustrado que su dueño acumuló.

Nada más lejos de Sarmiento que ese posicionamiento ambiguo frente a la propia erudición. Porque, en Sarmiento, nada, ni siquiera los pasajes que, en su tendencia a la hipérbole, se vuelven irrisorios, quieren ser risibles respecto de su trayectoria y su papel de hombre ilustrado. Quizá porque sus circunstancias biográficas le impusieron una carencia de origen en ese terreno, no hay lugar para la broma, la medida o la falsa modestia. Las adversidades superadas deben subrayarse, los desafíos encarados, magnificarse, para que el relato de la acumulación de ese saber ascienda al estatuto de una épica, cuyo héroe único es el autodidacta y cuyos principales opositores son las adversidades suscitadas por su origen provinciano en un país provinciano.

Un mínimo de herramientas, un máximo de esfuerzo e inteligencia y un abierto desinterés por todo lo demás ejemplifican y enaltecen el encuentro entre el lector y sus libros que se escribe y reescribe en *Recuerdos de provincia*. De todas las escenas que lo

ejemplifican, ninguna concentra mejor la forma en que Sarmiento definió sus vínculos con el mundo ilustrado que aquella en la que un “mocito”, dependiente de una tienda, luego de lanzarse a la búsqueda de los libros que tanto escasean “en aquella remota provincia” en que le tocó nacer, ocupa sus jornadas laborales en apasionadas lecturas que lo dejan “inmóvil, insensible a toda perturbación”.⁶

Lectura juvenil, lectura furtiva, apasionada, a deshoras; lectura que posterga las obligaciones: casi los mismos elementos que definen la escena referida se repiten en otra, también clásica, pero perteneciente, esta vez, a una causerie de Mansilla. Más aún, en “¿Por qué...?”, casi dos décadas después, Mansilla retoma y reordena, en torno a la lectura y el saber letrado, casi los mismos elementos que se ponen en juego en *Una excursión*, pero la nueva combinatoria diseña un sentido diferente. Otra vez, como en 1870, experiencia y lectura se tensan en una misma trama, pero, aunque Mansilla repita algunos lugares comunes, la causerie no sólo invertirá la carga atribuida a una y a otra, sino que fracturará esa alianza entre ambas que le permitía, por oposición a Sarmiento y a Rosas, autofigurarse.

La pregunta inconclusa del título, atribuida a Carlos Pellegrini, anticipa un interrogante: ¿por qué realizó Mansilla su primer viaje, rumbo a Oriente? Y el texto responde: por la inconveniencia de una lectura. Mientras está sirviendo en un saladero de la familia, al que llegó luego de un breve periplo impuesto, a modo de castigo, por ciertos desatinos amorosos, Mansilla roba horas al trabajo para tributarlas a la lectura, en francés, de *El contrato social*, hasta que es descubierto por su padre, quien sentencia que “cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rosas no lee *El Contrato Social*, si se ha de quedar en este país; o se va de él, si quiere leerlo con provecho”⁷.

A lo largo del moroso avance del relato, la construcción de un Mansilla joven, visto a través de la distancia que impuso el paso de las décadas, habilita distintas modalidades de reivindicación de los lazos familiares y de relativización de la carga histórica que Rosas y su régimen pudieran representar en el presente. Como tantas veces, aunque quizá como nunca, la literatura de Mansilla confunde y subsume la política a los vínculos de amor filial: Mansilla era federal porque amaba a su tío; su padre, parecía serlo más por amor a su mujer, hermana de Rosas, que por verdadera convicción por el sistema de su cuñado. El

⁶ Sarmiento, Domingo F., *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Difusión, 1979, p.p. 168 y 169.

⁷ Mansilla, Lucio V., “¿Por qué...?”, en *Entre nos. Causeries de los jueves*. Buenos Aires, Elefante Blanco, 2000, p. 61. Todas las citas subsiguientes corresponden a esta edición.

texto parece intentar así un rescate del núcleo familiar más cercano a Mansilla: de su madre, a quien dice deber su primera educación y los primeros ejemplos de nobleza; de su padre, personaje central del relato, a quien dota de una sabiduría intuitiva y casi clarividente; incluso, y hasta cierto punto, de su tío, a los ojos del joven Mansilla “el hombre más bueno del mundo” (p.30). Será la lectura, no obstante, la que atenúe los efectos de esa reivindicación, por al menos dos motivos. Por empezar, porque el acto de leer contradice y desplaza el mandato familiar: en lugar de trabajar en el saladero de su familia, profundizando sus conocimientos sobre las faenas rurales, Mansilla cede a “una invencible inclinación por la lectura” (p.29). A diferencia de lo que ocurría en *Una excursión*, aquí el saber empírico no se asocia con la confección del propio destino que distingue de la herencia familiar sino, por el contrario, con un aprendizaje práctico que ata a la familia. La lectura, en cambio, seduce, apasiona y disipa el sentido de la obligación. Por eso, una vez descubierta su pasión furtiva, el joven Lucio pretende reparar el daño empeñándose como nunca antes en su labor: “me acordé que mi padre me había sorprendido en mi rancho leyendo, y al rayar la aurora sólo pensé en que era *saladerista* y en que debía (...) estar donde se desnucaba y se descuartizaba” (p. 59).

Pero además, la lectura propiciará el quiebre principal entre Mansilla y sus lazos familiares cuando su padre descubra no sólo que lee sino qué lee: un texto inapropiado para alguien de su estirpe familiar y política, un texto prohibido para un sobrino de Rosas, un heredero del rosismo.

Sin embargo, el joven Lucio practica, a la par, otro tipo de lectura furtiva: la de las cartas privadas de su padre. Aunque emparentadas por un mismo sentimiento culposo, si la lectura de Rousseau recuerda que Mansilla es un hombre de letras, que lo fue incluso durante su juventud teñida de federalismo, la lectura de las cartas de Lucio Norberto, en cambio, habilitan la más hábil estrategia de reivindicación familiar. Porque, en su destreza de administrador de infidencias, el Mansilla del '90 da a leer a sus lectores las mismas cartas que lo subyugaron en su juventud, y demuestra, sin necesidad de esgrimir un solo argumento, que una amplia gama de personajes (entre ellos Urquiza, “el futuro *Libertador*” (p. 32)) manifestaron su adhesión al rosismo cuando este era el incuestionable partido de gobierno. Hace, por lo tanto, menos rosista a su familia y más rosista a sus detractores.

Al mismo tiempo que propician esa implícita apología y ese distanciamiento del núcleo familiar, las lecturas furtivas y apasionadas y los modos en que las narra el Mansilla del '90 también convocan el recuerdo de otro lector, igualmente joven, furtivo y apasionado. Así, muy al contrario de lo que ocurría en *Una excursión*, la figura del Mansilla letrado se emparenta con la que proyecta, una y otra vez, la literatura de Sarmiento. Pero si el tiempo, el modo y la emoción que enmarcan las escenas de lectura de “¿Por qué...?” promueven ese parentesco, hay todavía otro elemento, quizá más solapado, que termina de sellarlo: el francés. Como Sarmiento en tantas oportunidades, Mansilla recalca que su lectura de *El contrato social* no precisa de traducciones. Jactancia en apariencias intrascendente, cobrará nueva significación justamente en el momento crucial del relato, cuando padre e hijo queden frente a frente, con el volumen de Rousseau abierto entre ellos:

Mi padre echó una mirada al libro, y con una expresión inefable, díjome: ‘¿Qué estás leyendo?’.

-Un libro en francés.

Este *en francés*, dentro de mis abismos psicológicos, implicaba “si es en francés, aunque sea suyo el libro, usted no ha de saber de lo que se trata” (p. 42).

La escena heroica de los baños del Zonda que inaugura el *Facundo* encuentra en Mansilla su versión íntima, doméstica y familiar, en la que el conocimiento o la ignorancia del francés trazan un límite entre padre e hijo y, a la vez, entre dos modos del saber. En un texto que subsume las implicancias políticas de su estirpe al mero cariño personal y enaltece la sabiduría práctica, casi oracular, de su padre, Mansilla actualiza el valor simbólico del francés como lenguaje de la civilización y patrimonio distintivo de su condición de letrado. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en Sarmiento, la barrera cultural resultará, en este caso, permeable. Confinado al lugar de la ilegibilidad, Lucio Norberto, fiel a su pragmatismo, no necesitará leer ese libro que habla la lengua de la ilustración para hacer una *lectura* política de la situación y propiciar la salida del país de su hijo.

Sostiene Piglia que la pregunta acerca de qué es un lector “es también la pregunta sobre cómo le llegan los libros al que lee, cómo se narra la entrada en los textos”.⁸ Confrontar las escenas de lecturas juveniles que acercan a Mansilla y Sarmiento a la luz de ese último interrogante permite vislumbrar, una vez más, el mayor punto de

⁸ Piglia, Ricardo, *El último lector*, Buenos Aires, Anagrama, 2005.

distanciamiento entre uno y otro. Porque, detrás de todas las convergencias, hay un relato que Sarmiento ofrece y del que Mansilla debe prescindir: el relato de la lucha por llegar al libro, la afanosa búsqueda de la acumulación del saber, que comienza con la caza del objeto preciado que puede transmitirlo. El relato de Mansilla, en cambio, carece de esa gesta porque, aunque su padre no quisiera ni supiera leerlos, los libros estaban al alcance de su mano, incluso aquellos inconvenientes para ser leídos por un sobrino de Rosas.